

Deseo al mar.

Mientras algunas gotas de lluvia acariciaban las ventanas del salón, un niño reposaba palabras y dibujos sobre un mullida y calurosa alfombra. El libro anunciaba sorpresas a vuelta de cada hoja. El niño abría sus enormes ojos cada vez que llegaba a una de ellas.

En la última hoja un osito lanza una botella al mar. El niño, tras saborear minuciosamente la escena, lleva su mirada al sofá, buscando a su padre.

-¿Por qué se lanzamos los deseos al mar? –pregunta el niño que todo lo quería saber.

-Porque el mar es poderoso, cariño, hace realidad los deseos que merecen la pena- respondió el padre que todo lo creía saber.

-Pero...¿cómo sabe él qué deseo merece la pena? - insistió el rapaz en busca de respuesta más convincente.

-Porque los deseos, todos ellos, hay que trabajarlos, y el mar, que es muy sabio, te persigue con sus nubes para ver cómo lo haces. Ellas se lo cuentan cuando llueve. Por eso a veces llueve mucho, porque tienen mucho que contar. – contestó el padre que no quería de más preguntas.

Afortunadamente el vástago se dio por satisfecho con la trabajada respuesta y siguió abrazándose a las palabras y a los colores del socorrido libro.

Para el aprendiz de padre esa fue una conversación más, pero, desde entonces, el niño trabaja sus deseos cuando las nubes le sobrevuelan. Sabe que, con un poco de suerte, ellas se lo contarán al mar.

Eso sí, las veces que no otea ninguna nube en el horizonte, tampoco renuncia a jugar en la playa con su roja cometa.

Esa que vino con un deseo pasado.